
CINCUENTA AÑOS DE ECONOMIA AGRARIA

Por Enrique J. Rueda *

Durante la primera mitad del pasado septiembre se celebró en Banff (Canadá Occidental) la diecisieteava reunión internacional de economistas agrarios organizada por la «International Association of International Economists» (I. A. A. E.) y coincidiendo con el 50 aniversario de la primera reunión, en Dartington Hall (Inglaterra), a la que asistieron cerca de 50 personas procedentes de una docena de países.

Los objetivos de aquella reunión (según lo transcrito en el libro a que dio lugar) eran la discusión de resultados y métodos de investigaciones de común interés y de problemas nacionales e internacionales en el campo de la economía agraria, así como el promover un intercambio eficiente y rápido de información entre los profesionales que trabajaban en distintas partes del mundo, todo ello en un ambiente lo bastante informal como para permitir «amistosos desacuerdos».

Los objetivos de la reunión de 1979 podrían expresarse de forma muy parecida a los de 1929, aunque una serie de circunstancias hayan cambiado el contexto en el que se sitúan:

— La evolución de los mecanismos de transmisión de información profesional convierte en obsoleto el intercambio informativo como objetivo de una reunión internacional (la propia I. A. A. E. ha contribuido parcialmente a este proceso a través, por ejemplo, de su patrocinio de los «World Agricultural Economics and Rural Sociology Abstracts») al mismo tiempo que

* Becario de la Fundación «Juan March», a la cual se agradece la ayuda recibida para asistir a la reunión de la I. A. A. E.

acentúa la necesidad de complementar el carácter de monólogo, que tiene la comunicación impresa, con los contactos personales y la discusión abierta e inmediata a que se presta una reunión internacional de este tipo. Por otra parte, el crecido número de participantes (cerca de mil en 1979) exige tanto la formalización de las sesiones plenarias sobre temas genéricos como la parcelación del temario hasta reducir los grupos de discusión a un tamaño que permita que ésta se desarrolle informalmente.

— A pesar de que la gama de países (y, por tanto, de sistemas académicos y administrativos) representados se haya incrementado, la formación de los economistas agrarios ha tendido a homogeneizarse, a lo largo de los últimos cincuenta años, en la medida en que la economía agraria se ha ido consolidando como una entidad disciplinaria. Los primeros profesionales del tema llegaron a él desde una variedad de disciplinas —generalmente técnicas— y su formación tuvo con frecuencia importantes componentes autodidactas. Los economistas agrarios que asistieron a la reunión de Banff, en su mayoría, han recibido una enseñanza sistemática en teoría económica y métodos cuantitativos (dos campos a los cuales los últimos cincuenta años han aportado cambios sustanciales) que es relativamente homogénea en diferentes países debido, en parte, a la supremacía institucional (ya que no necesariamente metodológica) de la economía neoclásica en los estados no socialistas. Más en concreto, la mayoría de los participantes podrían ser calificados de neoclásicos (en un sentido amplio que incluiría, desde luego, a keynesianos) y dos minorías pueden identificarse claramente: la de los economistas heterodoxos (generalmente franceses, marxistas y muy pocos) y la de los representantes de países del Este de Europa (más numerosos y oficialmente marxistas). Estas dos minorías no llegan a suponer, en conjunto, ni una décima parte de los asistentes. Cabe mencionar también la existencia de otro grupo, menos minoritario y menos definido, de «institucionalistas» que se sitúan en un plano intermedio, pero no equidistante, entre neoclásicos y marxistas (1).

El tema en torno al cual giraba la reunión —la evolución del sector agrario y del medio rural— fue organizado en seis niveles distintos de estudios: micro, subnacional, nacional, multinacional y paraestatal, supranacional y disciplinario. La celebración

(1) El hecho de que menos de una quinta parte de los participantes en la reunión provengan de países no industrializados (y que no pocos de entre ellos hayan pasado por universidades inglesas o norteamericanas) probablemente ayuda a exagerar la apariencia de una creciente homogeneidad de la profesión.

del 50 aniversario de la I. A. A. E. sirvió de motivo inmediato para que los organizadores (fundamentalmente el activo vicepresidente, G. L. Johnson) solicitaran de algunos colegas la preparación de ponencias que evaluaran las aportaciones realizadas y los desafíos pendientes con que cuentan los economistas agrarios como entidad profesional. Estas ponencias, presentadas como iniciadoras de las sesiones dedicadas a cada uno de los niveles, sugieren la existencia de una cierta dosis de la crisis de identidad que una profesión —por un lado relativamente joven y, por el otro, parte del conjunto de las ciencias sociales— tiene que afrontar inevitablemente.

La forma descriptiva con que los ponentes, en general, abordaron sus evaluaciones hizo que los asistentes tuvieran acceso a una informativa panorámica del ámbito de trabajo de la profesión en distintas situaciones de desarrollo económico y en contextos políticos diferentes. Como el valor informativo de una comunicación depende del grado de conocimiento previo de su contenido por parte de quien la recibe, las ponencias de V. Nazarenko (sobre el trabajo de los economistas agrarios en el COMECON) y, especialmente, de F. Fekete (sobre la economía agraria en países con planificación centralizada) ofrecieron especial interés.

Entre las ponencias que abordaron aspectos que, por más accesibles, se prestan menos a una exposición informativa de interés, las de C. Ritson (sobre aportaciones y desafíos en el terreno teórico) y del reconocido y prolífico E. Heady (sobre el papel de los economistas agrarios que trabajan, a nivel micro, en países desarrollados) destacan por su aproximación más analítica y por la agudeza de sus percepciones.

En el otro extremo organizativo de las ponencias evaluatorias presentadas en sendas sesiones plenarias como introducción a cada nivel de estudio, se encuentran los grupos de discusión que permitieron adentrarse (durante cerca de diez horas repartidas en cinco sesiones) informalmente en una de la treintena de temas preestablecidos.

El resto (aproximadamente la mitad) del tiempo se dedicó a la presentación de ponencias realizadas por invitación de la organización y de trabajos seleccionados de entre los 300 sometidos como respuesta al concurso establecido con motivo de la reunión.

— Los 20 trabajos y ponencias clasificados en el nivel «micro» cubrieron aspectos de organización productiva en pequeñas

explotaciones agrícolas a través de casos de estudio de países asiáticos o africanos (con la excepción de la exposición de D. Tomic sobre el caso yugoeslavo), de cambio tecnológico y economías de escala, de comercialización y de crédito agrícola. Cinco grupos de discusión se formaron alrededor de temas relacionados con los cubiertos por las presentaciones del nivel «micro».

— Veintiuna exposiciones sobre temas de desarrollo rural, agricultura a tiempo parcial, problemas regionales y energéticos y planificación, así como cuatro grupos de discusión, constituyeron el nivel «subnacional». Dos temas de importancia generalizada a todos los países y sistemas dominaron las discusiones de este apartado: U. Renborg presentó una útil síntesis de la problemática del análisis energético del sector agrícola centrada en el dilema biología/economía y R. Adams y N. Rask contribuyeron con un análisis del plan brasileño que pretende explotar el potencial energético de la agricultura, a través de la producción de alcohol. La creciente importancia de la agricultura a tiempo parcial permitió a algunos ponentes poner en duda el carácter transitorio que se le tendía a presumir y su dimensión espacial la convierte en un elemento esencial en discusiones y planes de desarrollo rural. De especial interés son los trabajos de R. Bollman (sobre datos canadienses) y R. Kada (una comparación basada en encuestas a agricultores de Wisconsin-U. S. y Shiga-Japón).

— El nivel «nacional», con 39 ponencias y ocho grupos de discusión, resultó (no inesperadamente) el más heterogéneo. Z. Wu aportó la novedad de una interesante, aunque oficialista, exposición sobre el desarrollo de la agricultura socialista en la República Popular China (que, a tono con el clima político actual, no se olvidó de acusar a la «banda de los Cuatro» de sabotaje del proceso de desarrollo económico). Reforma agraria, disponibilidad de información, administración de recursos naturales y cuestiones de comercio internacional y vinculaciones de sectores agrarios nacionales a mercados mundiales, fueron temas alrededor de los cuales giró gran parte de los trabajos. Otra parte importante de las ponencias se ocupó de aspectos de política agraria: H. de Haen revisó los problemas y limitaciones del análisis cuantitativo sectorial en la elaboración de políticas agrarias; K. Campbell trató la cuestión de la aceptación pública de los riesgos implícitos en determinados programas; U. Koester examinó los intereses nacionales en la estabilidad de los mercados internacionales de productos agrarios; H. Halcrow y

T. Takayama presentaron modelos dinámicos con el fin de estabilizar los precios de productos alimentarios, y otros ponentes analizaron aspectos distributivos, efectos sobre la innovación técnica y la organización productiva de las políticas de precios.

— Cinco trabajos y otros tantos grupos de discusión trataron sobre firmas multinacionales en el sector agro-alimentario y organizaciones estatales o cooperativas de comercialización, dentro del nivel «multinacional y paraestatal». Es de destacar la evaluación del potencial teórico de cooperativas multinacionales en la comercialización de cereales a nivel mundial, a cargo de M. Cook.

— El nivel «supranacional» consistió en 13 ponencias y 8 grupos de discusión, entre los que resaltan la presentación de E. Schuh titulada «Sistema de cambios flotantes, interdependencia internacional y política agraria»; la discutible, pero estimulante, propuesta de H. von Witzke sobre un sistema de ingresos mínimos garantizados, como instrumento alternativo de política agraria para la C. E. E.; el análisis empírico, por M. Loseby y L. Venzi, del impacto de la flotación de divisas en el comercio internacional de productos agrarios y la discusión, que presentó S. Tangermann, del efecto de la Política Agrícola Comunitaria sobre el comercio con países menos desarrollados. Otros temas incluidos en este nivel fueron: cooperación científica y técnica y acuerdos multinacionales tendentes a incrementar la magnitud y estabilidad del comercio internacional.

— El nivel «disciplinario» atrajo 16 ponencias y ocho grupos de discusión que se ocuparon de dos grandes categorías: cuestiones de carácter teórico y cuestiones relacionadas con la docencia en economía agraria. La última consistió fundamentalmente en descripciones de experiencias y necesidades. Entre las aportaciones teóricas, además de una serie de modelos que tratan de explicar la conducta del agricultor como unidad de decisión económico-productiva, destacan la completa exposición de Y. Mundlak sobre desarrollo agrícola; la presentación, desde la perspectiva de la economía «adaptativa», que —sobre el crecimiento de la agricultura mundial— ofreció R. Day y la contribución del análisis marxista a la economía rural presentada por M. Blanc. A caballo entre la docencia y la teoría se encuentra la ponencia de M. Petit («La enseñanza de la economía marxista a estudiantes de economía agraria en países no marxistas»), que defendió la complementariedad —al menos pedagógica— del análisis económico marxista con respecto a las deficiencias del modelo neoclásico.

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100
